

En el Archivo Diocesano de Coria-Cáceres:

¿Qué se siente cuando se investiga en un archivo? ¿Por qué disfrutamos día tras día en sus salas? ¿Qué buscamos? ¿Qué sentimos al tener en nuestras manos legajos y documentos de vida y muerte, de dicha y desdicha, de felicidad y dolor?

Pueden parecer demasiadas preguntas, pero todas ellas nos adentran en la realidad que vivimos como investigadores cuando nos enfrentamos a documentos y archivos en los que se atesora la memoria de hechos, acontecimientos y personas de un tiempo pasado.

Afortunadamente, siempre hubo quien no los consideró “papeles viejos”, quien los entendió o, aún sin hacerlo, los conservó y preservó. Siempre me apasiona sentir esos documentos en mis manos. Al abrir los legajos, al ir pasando los folios, sé y percibo que allí, esté o no lo que busco, hubo quien cuidadosa y detalladamente fue anotando sucesos vitales; veo sus letras e incluso aprecio el cambio de las mismas a lo largo del tiempo; percibo en sus rasgos, en los detalles y anotaciones que hace su grado de atención y cuidado, su juventud y, con los años, su titubeante y avanzada edad. Entonces, con esos documentos en mis manos siento aún más intensamente el reconocimiento a quienes los crearon y preservaron y a quienes, años y siglos después, los preservan, custodian, ordenan y, con dedicación y profesionalidad, los ponen a nuestra disposición.

En el Archivo Diocesano además esos documentos tienen para mí un sentido especial, íntimo, personal y familiar. En el Archivo Diocesano trabajo desde hace años en la apasionante y hermosa reconstrucción familiar desde mis hijos. Con la bien conservada y organizada documentación del Archivo no solo son los nombres de nuestros ancestros lo que recojo, es toda la información que de ellos contienen legajos de hojas amarillentas y gruesas que trato con respeto y admiración. Y así, sé que en 1557, en noviembre, en Almoharín “murió mucha gente en todas partes y en este pueblo especialmente niños” y que unos años después, el día de Santa Ana, vino una tempestad de agua que se llevó por delante huertos y viñas, no quedando, en media hora, “puertas ni paredes”. En ellos los nombres toman forma y casi imagen. Encontrar y reconstruir la vida familiar de quienes nos antecedieron hace que no los olvidemos y que, de algún modo, vuelvan a vivir en el conocimiento de su vida y de su familia, de sus acontecimientos vitales de vida y muerte y de los lugares, barrios y parroquias a los que estuvieron vinculados. Los documentos atesorados en el Archivo Diocesano y nuestra búsqueda hacen “vivir a través de tiempo” a nuestros ancestros y vuelven a traer muerto de las viñas, a su casa de Cáceres, a Francisco Vivas, el de Alburquerque, el marido de Ana la Morgada. Y Cristóbal Antequera, el ermitaño de San Benito, vuelve a ser enterrado en sagrado “con licencia de su Ilustrísima”, aunque murió ahogado en el pozo de la ermita por culpa de su demencia. Y el párroco de San Juan casa al madrileño Andrés Pérez de Lanzagorta con Concepción Sánchez del Pozo, del cercano pueblo del Casar, en la cacereña capilla de la Cruz. Y aunque todos conocían a Santos Merino Luna, cuando se casa con Leandra Ceballos el cura aclara que el nombre del novio es Loreto y que todo fue una “equivocación del nombre” al hacer el servicio militar.

Cuántas veces imagino a alguna de esas personas en su vida familiar, en su casa, viendo crecer su familia, sintiendo cómo acontecimientos vitales de vida y muerte les zarandean. Es una vida familiar y de intrahistoria que enmarco en fechas y acontecimientos que los superan, que en muchos casos les afectan y las más de las veces ocultan la vida de estas personas “sin historia” que rescatamos.

Siempre estaré agradecida a quienes registraron y escribieron tanta información valiosa, siempre agradeceré a quienes la preservaron y a quienes hoy, como Carmen, custodian esos “viejos papeles” y los ponen a nuestra disposición.

M^a Ángeles Sánchez Rubio

Usuaría del Archivo Diocesano de la Diócesis de Coria-Cáceres